

LA UNIVERSIDAD DE ANTAÑO



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA UNIVERSIDAD DE ANTAÑO

La dirección de "ANALEs" cree de innegable interés reproducir, a continuación, del primer número de esta revista, aparecido hacia 1.883, algunas páginas en que se revive un hecho histórico de singular valor, que revela bien la generosa sensibilidad y la apasionada entrega de la clase universitaria a las nobilísimas causas de dignidad y cultura patrias.

DISCURSOS Y POESIAS PRONUNCIADOS EN LA SOLEMNE REINSTALACION DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO, EL 18 DE FEBRERO DE 1883

Después de cantado el Himno Nacional, el Señor José Modesto Espinosa, Ministro de lo Interior, dijo:

Señores:

Cuando desatentado el brazo del despotismo descargó sobre esta Universidad el golpe que la redujo a fatídico abatimiento, ufanábame yo de servirla con el título de secretario, y lo tenía como corona a mi ardiente anhelo por el progreso intelectual de la República. Y mi ambición se hallaba satisfecha; pues cooperar con los acreditados y dignos profesores que forman las facultades universitarias, a la gloria de esta nobilísima juventud que así consagra sus desvelos al provechoso cultivo de las letras y las ciencias, como ofrenda su sangre a la santa causa de la libertad ecuatoriana, era el límite, no estrecho por cierto, de mis más encendidas y vehementes aspiraciones.

Asistir a la resurrección de este respetable cuerpo científico y literario; verle salir, sano y vigoroso, de su lóbrega tumba y pedir y obtener mi antiguo aunque inmerecido puesto en esta morada de virtudes, ilustración y talentos, tal fué

después mi consolatoria esperanza, durante lenta y luctuosa noche de la tiranía, en medio de la cual no cesaba de lastimar mis oídos el silbar de las varas que habían castigado, (pues, ¡crímenes fueron para el tirano!), la dignidad y nobleza de la juventud martirizada en cárcel de malhechores.

Pero inopinada suerte me ha traído, señores, sin que yo me atreviese ni a imaginarlo, a otra participación en esta grata solemnidad que realiza mis constantes patrióticos votos; y el recuerdo de este día será, no puedo dudarlo, superabundante resarcimiento de los sinsabores inseparables de una situación que nunca pretendí, y que ojalá pueda redundar en algún bien para la ilustre Corporación que hoy instaura sus fecundas tareas, a la sombra de la libertad reconquistada, en gran parte, por heroicos sacrificios de sus generosos alumnos.

El Gobierno Provisional de la República va a reinstalar la Universidad que echó por tierra, furibundo y bárbaro, el despotismo; y si ella renace de sus cenizas, radiante fénix de la civilización ecuatoriana, cante la Patria hosanna inmortal a las victorias guerreras que se coronan con triunfos de la inteligencia, y alborozados los ciudadanos saludemos a las letras que vuelven cuando se aleja tambaleándose, ebria de impotente venganza, la tiranía; a las ciencias que se levantan, cuando desvencijado se desploma y rueda en pedazos el solio de la barbarie.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El Señor Don Pacífico Villagómez, cursante de la Facultad de Jurisprudencia, leyó el siguiente discurso:

Señores:

No ha podido conferírseme honor más señalado, ni encargo más en armonía con mis sentimientos, que el confiado por mi respetable Junta general de profesores, designándome para, como alumno de esta universidad, enderezaros mis mal concertados pensamientos en esta su solemne reinstalación. La escasez de títulos con que me presento en este recinto del saber me infunde temor; y cualquier arranque de modestia por ver de alcanzar vuestra benevolencia me serviría poco menos que para nada, ya que encarecer de aquélla es hoy usanza generalmente seguida en escritos de este género. Allí en esos bancos descubro a mis maestros, y por donde quiera que vuelvo mis miradas encuentro amigos que verán en mí

al discípulo, que después de larga ausencia, durante la cual se le había prohibido la entrada a este establecimiento, vuelve ahora a recordar lo poco que antes estudió, y a escuchar de nuevo, diligente y afanoso, lecciones de sabiduría y de virtud.

Al través del alborozo con que semejante reflexión me regala, inspírame también confianza para continuar en mi labor; pero confieso francamente que siento pasar uno de los más aigtdo sinstantes de mi vida. Pues, mi Patria engrandecida con el martirio de sus hijos,, fiel conservadora de las glorias de Sucre y Bolívar, y que, a fuerza de reconquistar por fuerza sus derechos y libertad, se ha vuelto digna de las naciones civilizadas, me estremece de entusiasmo y me conmueve hasta el delirio.

Séame permitido, sin embargo, declarar que hago un grande esfuerzo ahogando en su cuna estos sentimientos de mi corazón ,para discurrir, siquiera brevemente, acerca de las relaciones de esta Universidad con la sociedad y el poder público en estos últimos años. Fértil en variadas y célebres cuestiones la proposición enunciada, no se crea que trato de desenvolverla en toda su amplitud: más bien que darle rigurosa solución, voy a consignar algunas ideas que valgan como ligerísimos apuntes históricos.

Para un célebre escritor de fines del siglo pasado y principios del actual, son las universidades una especie de eslabones que enlazan la civilización antigua con la ilustración moderna. Nacidas al calor del sol fecundante del catolicismo, y amparadas bajo la sombra protectora de la Iglesia, han seguido paso a paso a las generaciones que progresaban lentamente, pero con aplomo y lozanía. El transcurso del tiempo y de los sucesos políticos, el adelanto de las ciencias y otras causas han influído poderosamente en dar una organización adecuada tal cual de suyo exigen estos establecimientos literarios.

En los tiempos que corren las universidades, llenas de vida y de fuerza moral, imprimen cierto movimiento civilizador a la sociedad humana, que no puede sustraerse a su acción continuada dándole uno como carácter especial y vario, según son la importancia y calidad de las doctrinas que en ellas imperan. Así, si en política una quimera es dogma, y una paradoja tiene el mérito de sistema, seducen a inteligencias escasas de luces y se hacen trascendentales a los pueblos

conmoviéndolos profundamente. No nos maraville que entonces del error se siga la rebelión, y de ésta se pase a la anarquía, despotismo insolente de muchos contra todos.

Pero la reunión de maestros y discípulos que, a la luz de discusiones filosóficas y detenido estudio de los diversos ramos del saber humano, extraen la verdad limpia y fecunda en hermosos resultados, y la manifiestan con evidencia, y la sostienen con fe, no cabe dudar que es vena prodigiosa de progreso y prosperidad. Un tal caudal de conocimientos se derrama sobre la sociedad como avenida de aguas frescas y saludables; y su aplicación a los diferentes usos de la vida trae consigo todo un bellísimo y armonioso conjunto de bienes que forman esto que suele llamarse civilización de un pueblo. Y por esto, sin duda, entre los grandes deberes que un gobierno ilustrado realiza y cumple para con los que han confiado en sus manos el destino de la Patria, raya muy alto el de la protección a las letras. La Francia de Luis XIV, sin esta decidida protección, no pudiera gloriarse de un Mallebranche y Pascal en Filosofía, de Bossuet y Fenelón en Historia y Literatura, de Racine y Corneille en Poesía.

En mi sentir, el primer paso de la tiranía es matar toda ilustración. Pues, ella es su impugnador más terrible que al fin y al cabo da al traste con quien conculca todo legítimo derecho.

No debo buscar lejos de mi Patria, ni en remotos tiempos, ejemplos de lo que acabo de afirmar. Sobre el sepulcro de García Moreno se ha levantado la usurpación primero, la dictadura después y la tiranía de siempre, la de un oscuro militar, como se alzó sobre el cadáver ensangrentado de Julio César el trono en que se asentaron los tiranos del imperio romano. Aunque no cosa rara, pero contraste digno de notar, y que deslinda y caracteriza el genio peculiar de esos dos hombres providenciales: las escuelas de enseñanza primaria difundidas por el mártir del 6 de agosto, hasta en las más insignificantes aldeas, desaparecieron al golpe destructor del infausto caudillo del 8 de setiembre.

El valor y el poderío, si es que su existencia y apoyo no les deben, han contemplado con respeto, en todas épocas, los establecimientos literarios: éste es el miramiento rendido a la razón, huésped, que, como dice un filósofo francés, nos trae nuevas de un mundo desconocido. Cordura del político, especulaciones científicas, lealtad del soldado, honradez del ciudadano tienen casi siempre su cuna en universidades y co-

legios; y las más veces el austero silencio de sus claustros ha inspirado a muchos poetas cantos rebosando en vida y sentimiento. Por consiguiente, los ingenios que, altivos y bulliciosos, pululan en su seno, para alzar el vuelo del pensamiento a las regiones de la sabiduría, han menester de estímulos del gobernante, no de su ojeriza; de protección, no de guerra a muerte. Pero es el caso que odio y propensión marcada a destruir esta Universidad manifestó el gobierno del General Veintimilla. Quiso adelantarse al porvenir con el ruin designio de que desapareciesen en el Ecuador toda huella ilustradora, toda instrucción pública que deja en pos de sí una estela de luz, y que, cual centinela atenta, pasa gritando a los pueblos : ¡adelante, camino de la civilización!

La Universidad de 1878 se organizó con profesores, que adquirieron sus cátedras de propiedad ,mediante oposición, conforme al decreto legislativo expedido por la Asamblea Constituyente, en 11 de mayo del mismo año. Ciencias físicas y naturales, Jurisprudencia y Medicina en todo sus variados ramos, Literatura, Idiomas francés e inglés contaban sus dignos representantes en los más idóneos y sabios conocedores de sus respectivas materias. El gobierno se negó a satisfacer las entas que la ley había asignado para este plantel de filósofos, legisladores, estadistas y poetas del porvenir, con el premeditado fin de que sus profesores le abandonasen, y de que la numerosa juventud agrupada en torno de ellos siguiese sendas oscuras, preparadas por la tiranía para la ignorancia y la inmoralidad. Más un acto de subido patriotismo, nunca bastante bien encomiado, les hizo sostener la Universidad de Quito con gloria y esplendor admirables; y esta conducta magnánima, jóvenes estudiantes, debe despertar en nosotros afectos de imperecedera gratitud.

Dejando a un lado la superficialidad de otros tiempos, que se entretenía más con bellezas de estilo y sutilezas de ardientes imaginaciones, los nuevos maestros aplicaron la crítica al estudio de las ciencias. No un vano prurito de disputa invadió luego las aulas: fué el espíritu de examen riguroso, de análisis filosófico el que se apoderó bien pronto de los ánimos. Contempladas así las más graves cuestiones de las ciencias públicas desde las alturas de la Metafísica, y estudiadas en sus relaciones con la Iglesia y la Historia, hemos visto desvanecerse errores que, con el carácter de dogmas sociales, habían largo tiempo subyugado el pensamiento. Ciertas opiniones que corrían muy válidas, y que con apariencias de ver-

daderas y católicas envolvían lastimosísimos absurdos, fueron impugnadas y reducidas a polvo por el triple poder de la razón, de la autoridad histórica y de la revelación. Alzóse sobre sus ruinas la verdad pura, revestida de esplendores celestiales; y aunque reñida con antiguas y por lo mismo arraigadas preocupaciones, fué sostenida dentro y fuera de la Universidad, en sus certámenes y exámenes, con toda la fe y vigor que produce en el alma el convencimiento de la evidencia.

Bien así como la palabra es signo de la idea, así los discursos y actos literarios de la Universidad son las expresiones del pensamiento dominante en sus aulas. Punto poco menos que imposible es conocer su naturaleza y tendencias, si no las buscamos en el desenvolvimiento y manifestación de los hechos, últimas consecuencias de ese casi secreto y desconocido pensamiento. Habíanse encarnado en el gobierno de Veintemilla los vicios de un poder usurpado e impopular, los defectos de un despotismo perverso y los crímenes de una tiranía brutal. Sus actos administrativos grabados con sello de ilegitimidad y barbarie cayeron bajo el dominio público, mereciendo las censuras más razonadas y valientes de los jóvenes universitarios. De aquí su famoso decreto expedido el 4 de noviembre de 1880, y la sanción y la ejecución consiguientes que, despojando a los profesores de sus cátedras, violaban el derecho de propiedad escudado de la justicia, amparado por leyes preexistentes. Semejante decreto, que no era ley por el turbio origen de donde procedía, como por ser en sí injusto, indigno a los alumnos de esta Universidad, quienes, a la vez que tributaron un testimonio de agradecimiento a sus maestros, manifestaron su alarma y profundo disgusto en la **Protesta** publicada el 1º de diciembre de 1880.

¡Quien lo creyera!; esa exposición medida y digna de jóvenes cultos, esa queja amarga de nuestro justo resentimiento, inspiró recelos y temores a la tiranía asustadiza, sirviendo de pretexto para desplegar cruda persecución contra sus autores. Los pocos que cayeron en poder del perseguidor fueron reducidos al Panóptico, donde endulzaban el rigor y la amargura de inmerecidos castigos con alegres cantos de libertad. Toda una sociedad tenía fijas sus miradas en esos héroes a quienes ni el favor sedujo, ni el tormento debilitó su constancia. Cruelmente mofáronse de las iras del tirano sufriendo con entereza y serenidad martirios indecibles; y por eso inventó para los otros jóvenes que eludieron la persecu-

ción el castigo de cerrarles las puertas de universidades y colegios. El Dictador nos impuso, pues, pena de ignorancia; pero ésta para él ignominia no fué para nosotros sino un incentivo que encendió en el corazón el divino aliento de morir o libertar a la Patria. Las cinco mil bayonetas con las cuales llevó a cabo su barbarie, arrancadas de manos de sus esclavos, nos han servido para abrirnos paso y penetrar en el santuario de las letras.

Las ideas tienden a convertirse en hechos, dice un escritor español que hoy está abrumando a los sabios del antiguo y nuevo continente con su vasta erudición y notable ingenio. En toda transformación civilizadora, en todo grande acontecimiento se describe: un pensamiento que concibe, y un brazo que lo ejecuta, aun cuando la ejecución del concepto se prolongue en la serie de los tiempos.

Primero fueron la filosofía y escritos políticos de Platón y Aristóteles, con prioridad de naturaleza y tiempo, que la extensión y magnificencia del imperio de Alejandro; y la Revolución Francesa no puede estudiarse, si antes no se tiene noticia de las doctrinas de enciclopedistas y filósofos del siglo XVIII.

La Universidad de 1878 en sus dos años de existencia, tan sistemáticamente oposicionista a un gobierno ilegítimo, tan juiciosa y valiente en sus censuras, tan comunicativa y propagadora de sus principios salvadores, según hemos acabado de verla, contribuyó poderosamente a formar el pensamiento nacional de arrancar la República de los brazos de un corrompido militarismo; pensamiento elevado que germinó en la juventud, vida y corazón de nuestra Patria, y que, difundiéndose como corriente eléctrica en todas las clases de la sociedad, armó a ciudadanos libres, preparó una heroica guerra civil y apareció en la gloriosa forma de una santa, legítima, patriótica insurrección. Además, la sangre de jóvenes ilustres derramada en las calles de la capital y en los combates de norte, centro y sur de la República, dando está testimonio de que fueron ellos los ejecutores de una idea, iniciada por nuestros escritores públicos, robustecida por nuestros maestros, acogida y sostenida por aquéllos en todas partes. La historia del Ecuador recogerá estos hechos que constituyen uno de los muchos timbres de su gloria, tributando a la juventud ecuatoriana en nombre de la civilización y de la justicia un homenaje de agradecimiento y admiración.

¡Jóvenes! la nación en donde aparece una juventud que

combate los errores y los crímenes con la palabra y con la espada es feliz, porque anuncia una era de grandeza para la Patria. El porvenir es nuestro; y tened presente que los laureles que se recogen a la sombra de la paz con el cultivo de las letras son tan gloriosos como los que se conquistaron en los campos de batalla. Hagamos, pues, fervientes votos al Cielo porque esta Universidad, dirigida por su ilustre Rector y nuestros sabios maestros, manifieste siempre que es estudiosa y amante de la verdad, enemiga de los tiranos, libre y católica.

He dicho.

El Señor Don Manuel María Casares, cursante de la Facultad de Medicina, leyó:

Excelentísimos señores, señores Profesores, Señores:

Confuso, casi anonadado me encuentro al dirigirme hacia vosotros como alumno de la Facultad de Medicina; ante varones ilustres, cuál por el saber, cuál por la pluma o la espada, apenas me atrevo a levantar mi débil voz. Productos de inteligencia no hallaréis en mí, tan sólo vais a escuchar las sensaciones de mi corazón. No dudo que entre las prendas que os adornan descuella majestuosamente la clemencia: ella perdonará mis faltas.

En la solemne reorganización de la Universidad, de ésta debo ocuparme; permitidme que haga una dolorosa excursión, triste, pero obligado recuerdo de funestos y tenebrosos acontecimientos.

Reuniéronse un día los genios eminentes del Derecho, de la Medicina y de las Ciencias: iban a luchar con el alma divina de la palabra: lidiaron y el éxito fué brillante. Este establecimiento vió entonces sus cátedras honradas por sabios profesores; despertóse el entusiasmo de los estudiantes al oír las fecundas doctrinas de sus maestros. Sí, señores; estudiábamos con ahinco, con amor, con entusiasmo; nuestro orgullo se descifraba en corresponder a tan benéfica instrucción. El porvenir de la Patria era nuestro y segura estaba ya la más sólida base del progreso, de la libertad y de la religión. Mas el genio del mal, la satánica ignorancia dió un bramido de furor a Veintemilla su rencor contra este santuario. El horizonte principió a oscurecerse, las rentas universitarias fueron suprimidas; mortal habría sido el golpe, si hubiera chocado

en el interés y no en el patriotismo y amor a la juventud que escudaban el pecho de los catedráticos, quienes, despreciando este insulto, continuaron con la misma laboriosidad y ardor.

Empero el congreso de 1880 que por sarcasmo se decía representante de la Nación, no tembló al ultrajar la parte más noble de ella, la Universidad. En efecto, faculta a Veintemilla para despojar de la propiedad a los profesores. La violencia no se hace esperar y pronto se pone en práctica la injusta ley del congreso. Esta vez más nuestros maestros probaron que el honor era su principal y seguro baluarte, al rechazar enérgicamente la condición de interinos. Y entonces desastrosas fueron las consecuencias para los estudiantes: llevados del reconocimiento y gratitud protestan contra el injusto atropellamiento; la contestación fué el Panóptico. A guisa de escarnio vísteseles de soldados y, al chasquido del látigo, aprenden la corneta. Veintemilla azotando a la juventud es el cuervo que devora el corazón de la Patria. La ciudad entera se estremece en presencia del inaudito atentado; una matrona respetable cae herida como de un rayo al saber que azotan a un pariente suyo. Apaciguada un poco la cólera del déspota, propone a los jóvenes presos firmen una contraprotesta para obtener la libertad, proposición tan baja fué rechazada con indignación.

Los que se libraron del Panóptico se vieron en seguida colocados ante un horroroso dilema: o suscribir su ignominia, o verse excluidos de los exámenes. ¡Ah! Veintemilla, ¿cómo queríais corromper a los estudiantes; enseñarles a ser apocados, ruines y cobardes? ¿qué es sino asesinar su alma? Desesperante era la situación: entreveían un porvenir siniestro, sentían evaporarse sus más halagadoras esperanzas; sin profesión ¿qué iba a ser de ellos? Dos años han permanecido en tan lamentable estado; lo perdido en este tiempo ¿quién sería capaz de restituir? Responsabilidad, y responsabilidad atroz pesa sobre los que tanto daño hicieron. La Universidad de entonces había perdido su antiguo esplendor y los estudiantes con el corazón oprimido apenas podían dedicarse a sus tareas. La esperanza, esa vida del alma, fué el único sostén de sus angustias. Un nuevo y fuerte ataque habían de sufrir, la Dictadura, es decir, la prolongación de su desgracia. Considerad, señores, cuál sería su entusiasmo al saber que los

bravos del Norte preferían la muerte a la esclavitud. Todos deseábamos volar a morir por la libertad; los más felices así lo hicieron .

No me detendré en referir las alternativas de dolor y placer en que hemos vivido, durante la santa guerra de la República contra la infamante Dictadura. El diez de enero, señores, nos ha devuelto la vida. ¡Oh glorioso día, tu memoria permanecerá eterna en el corazón de la juventud! El Diez de Enero representa al pueblo rompiendo sus cadenas y destruyendo a tiranuelos y ruines; es la reivindicación de los derechos, del honor y del deber. La Patria, esa majestad de gran porte, aparece llena de gloria, ha salido del cieno en que malhadados hijos la sepultaran, y ahora extasiada en su propia dicha bendice en nombre de la libertad a los héroes de la República. Podemos ya llamarnos hombres, ciudadanos de honra y pro; la fea mancha que ennegrecía la Nación está lavada con sangre y con la mejor sangre, la del martirio. Sangre y lágrimas han sido necesarias para nuestra redención; jóvenes en la aurora de su vida han muerto por ella. Verdaderamente, señores, nuestros anales casi no registran una revolución más justa ni más grande, justa por los principios que sostiene, grande por el heroísmo.

Si nos limitamos a la Universidad, puede decirse que el Diez de Enero es su glorioso timbre. De hoy más ya no será la burla de los gobernantes sino aquel santuario adonde entran reyes con sombrero en mano.

El Supremo Gobierno Provisional, al abrir inmediatamente este recinto de la sabiduría, dando está muestras de que su principal anhelo es la felicidad del pueblo. Pueblo que se instruye cerca va de ser gran pueblo; sacrilegio y horrendo crimen es reventarle los ojos y despeñarle en la ignorancia, matarle el alma, imagen del mismo Dios. Instruyámonos, conozcamos los sagrados deberes del ciudadano en su más pura fuente, elevemos la Universidad a su respectivo sitio en la escala social y . . . que se nos encaren tiranos, que nos arremetan traidores. Las bayonetas se rompen en mil pedazos ante hombres cuya fuerza es la inteligencia, cuya armadura son pundonor, justicia y libertad. Precisamente porque los perversos vislumbran su ruina en el cultivo del talento, siempre han procurado endiosar a la ignorancia. El tirano de conciencia negra teme la crítica, las lecciones de bien que se le dirigen; la conciencia limpia, el corazón puro nada temen, y tranquilos labran la felicidad del pueblo.

Hubo un oscuro tiempo en que se prohibió hablar de política en esta tribuna; ¿era pavor? ¿tan negra tenían el alma que se avergonzaban al descubrirla? Sin periódicos, sin asambleas políticas, ¿dónde habíamos de expresar nuestras necesidades y sufrimientos escolares sino en la Universidad? Querían esclavos mudos, viles aduladores; he ahí el motivo.

Las grandes universidades siempre han terciado en la cosa pública: la de Francia castigaba malos reyes, entendía en los conflictos del Estado y más de una vez le dió la salvación. En lo antiguo, en la culta Atenas, era conminado con la infamia el más oscuro de los griegos que prescindiese de la política. En el Ecuador, reinando la barbarie, se excluyó de ella a la más grande de las instituciones sociales, la Universidad. Felices serán los pueblos cuando sean gobernados por filósofos, por hombres de saber y entender; Veintemilla no lo creyó así, y la Universidad debía ser indiferente a sus desafueros. Extendamos la vista por Europa y veremos que la nación más poderosa, la Alemania, es al mismo tiempo la más sabia e instruída. Ella multiplica universidades, no las destruye; venera a sus estudiantes, no los persigue; establece la instrucción gratuita, no usurpa las rentas.

Grande es el día en que exhala el último aliento la ignorancia y principia el reinado de Minerva. La Universidad de Quito será otra vez aquella que siempre ha tenido puestos en sí los ojos de Sud América. Hombres ilustres han salido de ella, y si alguna consideración tiene el Ecuador ante el mundo es por sus escritores y célebres ingenios. Las Leyes, la Medicina, las Ciencias están de pláceme: tendrán adictos cultivadores y una juventud entusiasta que aprenderá a mejorar los destinos de la Patria. El Gobierno protegiéndola con decisión acarreará las bendiciones del porvenir.

Ya no existirá ese rompimiento tan funesto entre la fuerza y la inteligencia.

Jóvenes, vais a entrar en la vía del progreso, no deslustéis el renombre que habéis adquirido, ved que las demás naciones os contemplan con asombro. Nuestros enemigos aun rugen en su desesperación; si no los exterminamos pueden rehacerse y entonces ¡ay de nosotros! Si el último suspiro de nuestros labios, si el postrer latido de nuestro pecho son necesarios, entreguémoslos: ¿consentiréis en nuestra ignominia, aceptaremos la esclavitud? Unámonos y seremos invencibles. La muerte antes que la ignorancia. Recordad la desgracia pasada y convertíos en campeones de la Repúbli-

ca, que no están reñidas las letras con las armas. Sócrates peleó en Mantinea, Cervantes en Lepanto, y desdichado del enemigo cuando tiene que medírselas con los héroes del saber. Siempre, siempre han vencido los grandes hombres; los libertadores nunca han sido ignorantes. Conmover es el ejemplo que una gran porción de la juventud ecuatoriana nos ha dado ya; imitémoslos, aumentemos el número de héroes niños que son el orgullo de la nación.

No sería fiel intérprete de mis compañeros si, al terminar, no expresara al Supremo Gobierno Provisional nuestro profundo reconocimiento y gratitud. El bien que hemos recibido con la apertura de la Universidad es una segunda vida, un segundo bautismo. Aceptad, Señores, la sangre que os ofrecemos para coronar la obra que lleváis a cima con tan prósperos augurios; y tiranuelos viles ya no despedazarán el corazón de la Patria, la juventud.

He dicho.

El Señor Don Pedro Antonio Guarderas, cursante de la Facultad de Ciencias, leyó:

Señores:

Las Universidades son el corazón de las naciones civilizadas, corazón que late al impulso del saber que germina; son el sol que ilumina y fecundiza; la atmósfera que alimenta la savia de los pueblos. La vida de una nación es el resultado de esa fuerza; si ésta se abate y debilita, el pueblo muere; mas si se vigoriza la nutritiva fuente brota de su seno la esperanza y con ella la libertad y la sabiduría.

Los bárbaros del Nuevo Continente no reconocieron esos centros de vida y se dejaron remachar la cadena del esclavo.

Hoy renace esta Universidad de la tumba en que yacía, y, cual Lázaro resucitando a la voz del Nazareno, levántase de sus ruinas al grito sublime de "levántate y vive" con que la llaman sus salvadores. Marta tuvo fe, y Lázaro recobró la vida. Profesores y discípulos tuvieron fe, y hoy de pie sobre la losa que cubría sus cenizas, puede la Universidad exclamar: Por la fe me he salvado.

Grande es este día de renacimiento; día en que la Patria siente latir su corazón, y el espíritu de vida que por sus venas circula, la reanima y la saca de su entorpecimiento y atonía. Estos días gloriosos en que la República ve su por-

venir lleno de esperanzas, en que la Universidad sacude las cadenas que remachó injusta la ignorancia atrevida, la tiranía ambiciosa; en los que la juventud, herida en lo más vivo salva su honor y se apercibe a derrotar tiranos; justo es, señores, sean solemnes y pasen como ejemplo a las generaciones venideras.

Me mandasteis, señores profesores, que en nombre de la Facultad de Ciencias tome la palabra: me he creído insuficiente para desempeñar cargo tan honroso, pero me obliga el deber, y me alienta el entusiasmo. Soy joven que empiezo apenas el laborioso, pero para mí querido, camino de la ciencia, con la poderosa ayuda de vuestras saludables enseñanzas, y, por tanto, merezco sin duda vuestra benevolencia.

Las ciencias llevan al hombre al engrandecimiento y a la perfección; y cada ramo del saber humano conspira en su esfera de acción a realizar lo que en el mundo cabe, la felicidad, y contribuir a formar esa deidad, que adquiere cada día bellezas y perfecciones, llamada Civilización. Los rayos que brotan de cada una de ellas, lejos de confundirse, se hermanan, se entrelazan y forman juntos el luminoso foco que nos guía camino del progreso.

Si echamos una ojeada a la humanidad, veremos al hombre caminando por el sendero de su felicidad, impulsado por la civilización compañera inseparable de la ciencia, estimulado por la virtud y por la libertad que anhela.

Desde el principio del mundo se ve en la primer pareja de la humanidad, **predominar las ideas, las verdades invisibles sostener a las palpables, el cuerpo tomar por guía el interés del alma.** Pero desgraciadamente nace el orgullo en esa familia dichosa, el hombre empieza a error, y el pecado, desordenando sus facultades, pierde en la noche de los tiempos los primeros rayos de la civilización.

Del Asia parte ésta a las demás naciones; Pitágoras, Homero, Platón buscaron en Egipto la ciencia y civilizaron las dos Grecias. Grecia y Roma tienen la gloria de ser la cuna de esos genios divinos que alumbran eternamente al género humano. Los griegos y romanos, cuando libres, fueron sabios: la sabiduría no nace en las almas esclavas, porque esa virgen muere oprimida por la mano de los déspotas. En Egipto y en el Oriente, era la Medicina, como las demás ciencias, el secreto que guardaban los sacerdotes quienes recerraban egoístas los tesoros del saber, como objeto de honor y especulación, hasta que el genio de los griegos la sacó del oscuro mis-

terio en que vivía; pero si la hizo respirar la libertad, no pudo arrancarla del poder de los dioses; Júpiter a las quejas de Plutón fulmina rayos contra Esculapio, por haber resucitado muchos muertos. Luego se eleva un genio, sale Hipócrates de la escuela de Heródico, y, adelantándose a los tiempos, divisa el verdadero punto de vista de la Medicina, la separa de la Filosofía, observa los fenómenos morbosos, descubre la Higiene, estudia el influjo de los agentes que nos rodean, y hace de la Medicina un verdadero genio, que, con bálsamo divino, mitiga las dolencias de la humanidad.

Donde quiera que las ciencias se cultivan, la civilización florece; y si esta palanca poderosa se apoya en la verdad y en la fe, levanta a las naciones a la cumbre del progreso.

Europa recibe las primeras luces de las alturas de Asia, y mientras no se alza el sol de Galilea, el Occidente se pierde; mas vivificadas sus instituciones con la verdad del cristianismo, levántase fuerte y sabia, y Europa se convierte en señora del mundo.

Si todas las ciencias tienen el noble destino de engrandecer la humanidad, tiénelo especialmente los que tienden a satisfacer necesidades imperiosas, a dilatar los horizontes de la inteligencia con los límites de la ciencia en general.

Sí, señores; las ciencias físicas y naturales son la gran palanca del progreso: sin ellas no hay civilización ni bienestar posibles. Las artes no se cultivarían, la industria no progresaría, y las demás ciencias tal vez quedarían atrás sin el influjo de las primeras. ¿A qué debe la humanidad sus grandes adelantos, esos pasos de gigante que ha dado la generación moderna avanzando el progreso?

El Telégrafo, llevando el pensamiento en alas del rayo y civilizando el mundo; Newton, aproximando el cielo a la tierra, como para llenarse de sus perfecciones; Colón, cruzando el espacio sin fin de desconocidos mares y ofreciendo a la humanidad el rico presente de un mundo; ¿qué son, sino la resolución de esos grandes problemas?; ¿qué, sino el secreto misterioso de las ciencias descubierto por esos genios, orgullo de la humanidad?

¡Ay! señores, sensible es ver volar algunas sociedades felices en alas de la civilización y no poder seguir las; sentir el fuego que impulsa y eleva, y tener que reprimirlo y ocultarlo en lo más escondido del alma. ¡Cómo quisiera para tí tantos tesoros, oh! Patria de mis esperanzas e ilusiones! Jo-

ven en la historia de la vida, pero envejecida por el maléfico poder de la ambición y el despotismo, no has podido levantar tu vuelo a las altas regiones del progreso.

Levantada por la mano de un gigante que todo lo vence por llevar a su patria a la altura de las naciones cultas; que comprende que no hay civilización ni progreso posible, sin la ciencia apoyada en la virtud y moralidad de los pueblos; que funda colegios, que abre universidades; que, conociendo la importancia de las ciencias naturales, busca sabios en las naciones europeas y forma la Escuela Politécnica que hubiera sido el gran faro nacional; avanzaba el Ecuador coronado de flores camino de la civilización.

Pero, apenas esa magna obra se ha iniciado, terribles calamidades amenazan nuestro suelo: la ambición y el despotismo se levantan y amenazan de muerte a las instituciones científicas; esbirros de la tiranía hacen de verdugos en el sacrificio de la víctima inocente; y la ciencia, y con ella la libertad de un pueblo caen espirantes, y en su agonía son pisoteadas por las plantas de un déspota ambicioso.

¡Usurpador de nuestros sagrados derechos, quisiste matar nuestra esperanza con la punta de tu espada para que con las tinieblas de la ignorancia y el sello de la ignominia, marchemos uncidos a tu carro vergonzoso!...

Pero, no: la tiranía tiembla cuando la juventud se irrita; ni las crueldades del tormento pueden manchar su honor, ni la fuerza de las bayonetas ahoga el grito de su indignación; firmes en su desgracia levantan el grito de alarma, y dejando a Minerva por seguir a Marte, contribuyen en gran manera a la restauración de las ciencias, de la justicia y de la libertad ecuatoriana.

Maestros, dignos sois de que la Patria encomiende a vuestras manos todo su porvenir; con el ejemplo de vuestras virtudes y la verdad de vuestras saludables enseñanzas, sea la juventud virtuosa para ser libre, y libre para ser sabia.

Jóvenes que acabáis de ser héroes para venir a haceros sabios, no olvidéis que las ciencias que civilizan las naciones, no florecen sino a la sombra de la virtud que enseña, de la libertad que vivifica, y de la dignidad que ennoblece.

He dicho.

En seguida la orquesta, dirigida por el señor don Aparicio Córdoba, ejecutó la sinfonía de F. Suppe, intitulada "El Poeta y el Aldeano"; y el doctor don Camilo Ponce, Rector de la Universidad, dijo:

Señores:

Acaba la Patria de tener un día de gloria inmarcesible, de imperecedero recuerdo. Tras largo período de oprobiosa y brutal tiranía que, rompiendo los diques a los torrentes de iniquidad, ahogó en general diluvio, justicia, moral, probidad, cuanto constituye los fundamentos sociales, la nobleza de la Patria, el timbre de la humanidad; brilló el sol esplendoroso del Diez de Enero, seguro nuncio de reconstitución social, de estabilidad en el orden, de libertad en la justicia, de días prósperos y venturosos.

La Universidad, foco de los brillantes rayos de la inteligencia, nudo de la vitalidad social, madre y nutriz de la ciencia, no podía atravesar los tenebrosos días de la tiranía sin provocar sus iras y servir de blanco a sus furores..

Entre la inteligencia y la estolidez, entre la ciencia y la ignorancia, entre la justicia y la fuerza, cuando las primeras en vez de tener a las segundas bajo su legítima dependencia, se encuentran supeditadas por ellas, estalla la guerra, y guerra sin tregua ni reposo, hasta que el orden subvertido se restablezca con el recobro del predominio de lo que debe gobernar sobre lo que está destinado a obedecer.

Entre la Universidad y Veintemilla, el concierto y la paz eran imposibles, y una vez empeñada la inevitable lucha, la Universidad, débil materialmente, tenía que elegir entre las vías de glorioso martirio o de humillante esclavitud.

No vaciló, ni podía vacilar. Representada por la gran mayoría de sus ilustres profesores y generosos alumnos, tomó decidida y varonilmente la primera senda, y con la Patria y por la Patria, tuvo días de dura prueba y amarga tribulación. Justo es que como ella tenga un día de pura gloria, de solemne regocijo, y ese día ha llegado y lo estamos atravesando.

Al poner la vista en el auditorio que me rodea, me estremezco de respeto y entusiasmo. ¿Quiénes lo componen? Bizarros adalides que, herida el alma por los lastimeros gemidos de la Patria aherrojada y envilecida, abandonaron el tranquilo hogar, o cruzaron inclementes desiertos, o trasmontaron heladas sierras, para empuñar la espada redentora, arrancar una a una las armas de mano de los opresores y compitiendo en constancia y valor, sembrar el pánico en las

filas de sus enemigos, con pasmosas victorias o con retiradas aun más pasmosas todavía: profesores que, poseídos de la excelsitud de la inteligencia, de la dignidad, de la ciencia de que son representantes, rechazaron con desdén los cohechos de la torpe tiranía y presentaron altiva y serena frente a las amenazas y a las persecuciones, resueltos a vender la vida antes que la noble cerviz al oprobioso yugo; alumnos dignos de tales profesores, en quienes la generosa indignación contra el audaz ultraje y la gratitud con sus maestros retemplaron el valor, y los empeñaron en tan desigual combate, que las almas vulgares pudieron calificar de insensato; pero que, a los ojos de los espíritus magnánimos, fué un sublime vuelo de virtud y patriotismo de que sólo es capaz la juventud bajo los impulsos de exuberante vitalidad.

Profesores y alumnos, sobre vuestras frentes veo también las coronas de laurel que la Patria señala a sus libertadores. Merecidas las tenéis: vuestro ejemplo de altiva dignidad y firme resistencia a la tiranía, vuestros padecimientos como despojados, perseguidos, expatriados y vilmente atormentados, avivaron eficazmente el sacro fuego del patriotismo en el corazón del pueblo; vuestra cooperación contribuyó a reunir los elementos necesarios para el combate, y en los momentos de supremo peligro abandonasteis el tranquilo retiro de vuestras labores intelectuales, para mezclaros entre los combatientes y coadyuvaron a la libertad de la madre común.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Noble y generosa juventud, la Patria no podrá olvidar los heroicos sacrificios que le habéis ofrecido en fructuosa ofrenda. Os contempla todavía en el teatro de vuestro sublime martirio a merced de la brutalidad de pretorianos desalmados; os ve lidiando en lo más reñido de la pelea, prodigando con largueza vuestra preciosa sangre, presentándole en holocausto víctimas de inapreciable valía, y, orgullosa de teneros por hijos, inscribe reconocida vuestros nombres en los fastos de su historia.

Honor, gloria y libertad habéis adquirido para ella, para vosotros y para vuestra bien venida generación; mas ¡a cuán elevado precio! ¿Por qué veo en vuestras filas tantos y tan nobles vacíos? ¿Qué habéis hecho de los Dávalos, Flores, Borreros, Saas, Benalcázares y otros muchos de vuestros invictos compañeros? Esas palmas de ciprés entrelazadas de laurel, que el viento mece en nuestros cementerios, me lo están diciendo.

Mas, no renovemos en este instante tristes recuerdos. La República está de plácemes y esta Universidad con ella. Puro regocijo conmueve los corazones, y la mente, enardecida a impulsos de patriotismo victorioso, rompe los velos del porvenir, y embriagada contempla a la Patria limpia del baldón que la afeaba, libre de las cadenas que la atormentaban y, ataviada de fiesta, caminando serena a la pacífica conquista de los codiciables bienes de la verdadera civilización.

Para que tan hermosos presentimientos lleguen a ser consoladora realidad, no olvidemos, señores, que la ardua empresa en que estamos empeñados, lejos de hallarse coronada, está apenas en sus principios.

Recobrar la libertad contra las cinco mil bayonetas que la encadenaban, luchando uno contra tres, diez contra ciento, ha sido obra de esfuerzos gigantescos, de admirable constancia, de heroica bizarría.

Reconstituir la República, asentando el orden sobre firmes bases, restituyendo a la autoridad, prostituída e infamada por negros crímenes y asquerosos vicios, la mejestad y el prestigio que gobiernan con eficacia y sin violencia; garantizar la libertad de manera que ni la tiranía la secuestre, ni la anarquía la torne en asoladora lava, es a todas luces empresa aun más difícil y colosal.

Para coronarla, la Patria exige de todos sus hijos cordura y sensatez, moderación y prudencia y, más que todo, tolerancia, espíritu de sacrificio y abnegación sin límites. No podemos dudarlo: esta justa exigencia será atendida; pues los que no le han escatimado la vida misma, son incapaces de rehusarle la inmolación del egoísmo con su largo cortejo de mezquinas pasiones.

Hemos desencadenado, señores, la tempestad y embravecidas las olas, acabarán bien pronto de convertir en menu-do polvo el duro escollo de la tiranía. Se acerca ya el tiempo de tranquilizarlas. Aprestémonos para entonces a arrojar, con larga mano, al contorno del amado bajel en que navegamos, el calmante aceite de acendradas virtudes.

No se diga ya más del Ecuador, lo que de la generalidad de las naciones de Sur América: "pueblos que se debaten en las convulsiones de la anarquía". Sea ésta, al par que la más justificada y legítima, la última de nuestras revoluciones.

Estamos combatiendo por la libertad: acabemos de recobrarla, y, volviendo al punto nuestras armas contra la anarquía, lidiemos en pro de la autoridad, teniendo presente que

la anarquía, no menos que el despotismo, es enemiga declarada de esa hija nobilísima del Cielo que sólo respira y vive en el perfumado y tranquilo ambiente del orden.

La Universidad, que tan poderosa y ampliamente ha coadyuvado a la primera parte de esta gloriosa empresa, cooperará a la segunda con no menos consagración, y, a no dudarlo, con mejor éxito, desde que, vuelta al campo adonde la llaman su índole nativa y sus naturales pretensiones, ponga en acción las aptitudes peculiares que en su seno se cultivan, desarrollan y adquieren.

Estad de ello seguros, ilustres ciudadanos que formáis el Gobierno Provisional: profesores y alumnos, como se encontraron a vuestro lado en los campos de batalla, os ayudarán solícitos en la delicada tarea de reorganizar el país; pues los encendidos anhelos del patriotismo que a tal conducta los impulsan, se encuentran en el día vigorizados por la justa gratitud que en ellos excita el ilustrado interés con que, a pesar de vuestras numerosas, importantes y urgentes atenciones, habéis puesto vuestras primeras miradas en este establecimiento, para sacarlo del hondo abismo en que yacía sumido.

Aceptad el profundo reconocimiento de unos y otros, de que soy fiel intérprete; y permitid que no termine sin expresaros el muy especial que yo os debo por haberme colocado a la cabeza de esta corporación que, a su nobleza y respetabilidad naturales, une el esclarecido mérito que sus miembros han adquirido en su larga lucha contra la tiranía, sirviéndome de excusa de no haber declinado tamaña honra, el deber, ahora más que nunca ineludible, de prestaros pronta y entera obediencia, en que nos hallamos todos los ciudadanos.

El Doctor Don Julio B. Enríquez, Decano de la Facultad de Jurisprudencia y profesor de Derecho Internacional, Ciencia Constitucional y Administrativa, dijo:

Señores:

Después de los brillantes discursos que acabamos de oír entusiasmados, no soy yo quien debiera dirigiros la palabra, porque mi desautorizada voz no merece la honra de ser escuchada por este ilustre auditorio que, en día tan solemne para la juventud y la Patria, tiene derecho a que se le hable el lenguaje de la elocuencia. Pero, si mi pobre inteligencia no

puede producir, señores, ni una flor que sea digna de vosotros, mi corazón republicano sí quiere y debe acompañaros a execrar la tiranía, entonando el himno sagrado de la libertad, a la sombra de esos hermosos pabellones que adornan este santuario de las ciencias y que, con los colores del iris simbolizan hoy la gloria y la esperanza de la Patria. Y aquí es, Srs., en esta augusta casa de la juventud, donde debemos celebrar la sublime fiesta de la Libertad, porque la juventud la ha conquistado; y la celebramos en este día, porque la reinstalación de la Universidad es fruto de justicia, y la justicia es hija de la verdadera libertad. Sí, la juventud ha reconquistado la verdadera libertad, porque su inteligencia busca la verdad y su corazón ama el bien, y el bien y la verdad que busca y ama no puede hallarlos sino con la divina luz de la libertad. Y ¿no veis, señores, la ardorosa frente de la juventud coronada aún con el rosado laurel de la victoria? Y una parte de esa juventud, tan patriótica como inteligente, y tan republicana como libre ¿no es la misma que hoy vuelve de los ensangrentados campos de batalla a ocupar en las aulas de esta Universidad el asiento que dejaron abandonado y vacío por amor a la Patria?

¡Ah! señores. Un soldado ambicioso, que soñaba con el oro, hizo del crimen el pedestal de su poder; y, desleal y perjuro, subió por los escalones de la infamia al augusto asiento de la autoridad social; y allí, bajo el solio, que no levanta el pueblo sino para honrar al patriotismo y la virtud, a la ilustración y el talento, la traición colocó su trono, y en él se sentaron los vicios, velados por la ignorancia. Y desde entonces no fué ya la ley, no la justicia, no la libertad en el orden, la fecunda savia que da vida a la República: la sultánica voz de la tiranía sustituyó al soberano mandato de la ley; el sol de la justicia social se eclipsó; huyó la paz; y el traidor anegó con la sangre de millares de hermanos el suelo ecuatoriano, para asegurar el poder usurpado, que la Nación no le hubiera confiado jamás. Triunfó el crimen y, con él, la fuerza contra el derecho, y la iniquidad contra la justicia; y el tirano, vestido con ensangrentada túnica, la miró con infernal sonrisa y se levantó sobre la tumba de la Patria. Y cuando el heroico pueblo de esta ciudad histórica, con la ardiente juventud a la cabeza, sin otras armas que el valor inspirado por el patriotismo, quiso reconquistar el imperio del orden, bajo el estandarte de la legitimidad levantado en el Norte; el crimen triunfó otra vez, y otra vez se derramó abundante la sangre

inocente de los hijos fieles de la República. Horrorizado me estremezco, señores, al recordar ese infausto día en que los esbirros del tirano asesinaron ¡cobardes! al indefenso pueblo; y no quisiera traer a la memoria, si no estuviesen aun vivas las profundas heridas de la Patria, no quisiera recordar, digo, que al festín de los fraticidas se convidó también al extranjero armado para obsequiarle con un mendrugo de pan ensangrentado (1).

¡Ah! Más fácil me sería creer que un hijo pudiese matar a su madre, que no deshonorarla; pero Veintemilla, el hijo más ingrato de la Patria, la afrentó también después de asesinarla.

Terrible expiación pesaba sobre la República; y un nuevo crimen, nacido en los cuarteles, en esas inmundas y lúgubres sentinas donde el militarismo engendra la tiranía, hizo que la mayoría de la llamada representación nacional fuese la representación oficial del traidor, para que ella le diera escrito, con tinta de sangre y de infamia, el título espurio de su poder usurpado. Y fué en vano que se dictasen nueva constitución y nuevas leyes, pues constitución y leyes debían ser y fueron para Veintemilla, lo que para una fiera el débil hilo de seda con que se pretendiese sujetarla.

El negro manto de la tiranía siguió cubriendo la República: no hubo derecho que no fuese conculcado, ni garantía que no fuese burlada. La libertad, sobre todo, la libertad para el bien no existía, ni era posible que existiese con Veintemilla: la libertad es luz, y a la luz aborrecen las tinieblas de que ha menester la tiranía para vivir, y por esto la libertad era imposible.

La palabra y la imprenta, divinas mensajeras del pensamiento, estaban amordazadas o proscritas. El martirio del látigo, del infame látigo, digno sólo de la infamia, se levantó atrevido para matar la juventud; el mismo látigo con que la tiranía había insultado ya la inteligencia y el valor de uno de los soldados de la libertad, centinela de los principios; el mismo látigo con que la Dictadura ha insultado también a la

(1)—Si la incalificable invasión de los colombianos que, en noviembre de 1877, vinieron comandados por Rosas y Figueredo a auxiliar al traidor y tirano de nuestra Patria, es justísimo motivo de amargas quejas; deber nuestro es manifestar la gratitud a que son acreedores los colombianos que, como amigos, como hermanos, como americanos, han contribuido y siguen contribuyendo noble y generosamente a combatir la dictadura y reconquistar la libertad y el orden.

América Republicana, y la barbarie ha escandalizado a la civilización.

En un altar de la patria, en uno solo, señores, aquí, en el altar de las ciencias, se conservaba intacto y puro el sagrado fuego de la libertad, porque la verdad, objeto de la ciencia, y el bien, fruto de la verdad, no pueden alcanzar los pueblos sino con la vívida antorcha de la libertad. Y porque esa antorcha no la hubieran apagado jamás los profesores que la encendieron, puesto que el patriotismo la encendió, el tirano sopló sobre ella con su impuro aliento y la apagó. . . .

Los profesores, que no nacieron para esclavos y que debían dar con el ejemplo de la dignidad republicana la enseñanza más provechosa para lo porvenir, despreciaron al tirano y salieron de la Universidad con la conciencia del deber cumplido. ¡Fué entonces cuando la juventud exhaló una queja, y cuando a esa queja respondió el martirio! Las puertas del Panóptico, que deberían abrirse únicamente para la expiación del crimen, se abrieron para castigo de la virtud, del talento y del patriotismo de los jóvenes; y las puertas de la ilustración se cerraron para ellos. ¡Ah! No sabía el tirano que esas víctimas de su furor salvaje, a quienes hería la vara del sargento, se aleccionaban en la prisión para marchar al combate a reconquistar con el rémington el imperio de la libertad.

Ni un rayo de luz alumbraba ya el horizonte de la República: el genio del mal lo había cubierto con sus pavorosas alas; por todas partes oscuridad y sombras y sepulcral silencio. . . . Y el pueblo, el gran pueblo ecuatoriano ¿donde está? ¿se ha olvidado de sus pasadas glorias, o ha inclinado la cerviz al yugo del tirano? No, mil veces no: de la nueva constitución existía siquiera el nombre y con ese nombre la ilusión de una esperanza. ¡Ilusión, señores, vana ilusión! Mientras el pueblo respetuoso y obediente a la autoridad de la ley, esperaba que la aurora del Diez de Agosto de ochenta y dos viniese a disipar las tinieblas de la larga noche del despotismo, Veintemilla quería hacerla eterna y, rompiendo él mismo el aparente título de su poder injusto, levantó el oprobioso pendón de la dictadura para esclavizar la República con las cadenas trabajadas por cuatro mil esclavos en los cuarteles del crimen: ¡la dictadura, señores, pesando sobre el corazón de la Patria, hollando el suelo de la libertad y profanando las cenizas de mil mártires que la fecundaron con su sangre! Mas no: cuando el tirano salva todas las vallas de la ley, la tiranía está para acabarse y no tarda la hora bendita de la re-

dención del pueblo. La Dictadura fué el grito de guerra, que, salido de la tumba de la Patria, repitió el eco desde el Carchi al Macará. Suena la hora solemne de la vindicta social: arde el pueblo en santa indignación; la justicia reclama los derechos de la libertad, y la libertad quiere triunfar por la justicia; en vano las bayonetas del déspota pretenden ahogar la voz del patriotismo; los partidos políticos, que antes peleaban con opuestas banderas, se unen y estrechan bajo un solo pabellón, el glorioso pabellón de la República, para despedazar juntos las cadenas que la oprimen y envilecen. ¡Guerra! grita la valerosa Esmeraldas, la primera en el combate. ¡Muerte o Libertad! responden los proscritos desde el Carchi. ¡Guerra! repite la heroica Imbabura. ¡Libertad, libertad! claman el Chimborazo y el Sangay; y desde el Macará trueca el cañón de los patriotas. Se enardece la lid: la sangre se derrama en cien campos de batalla, y como cada soldado de la libertad vale más que un batallón de esclavos de la dictadura, en todas partes huyen desconcertados los esbirros y la Restauración sigue triunfante su camino de sacrificios y de glorias.

Mas faltaba a los héroes la mejor de las coronas, la del triunfo sobre las bayonetas de cerca de dos mil esclavos que en esta ilustre capital, defendidos por los muros de las casas y los templos, esperaban sonase la hora de la codiciada victoria para beber otra vez, en el festín de los asesinos, la sangre de los libres. Pero, en la mañana del día Diez de Enero, la hija predilecta del Pichincha es saludada con un cañonazo solemne, con el que se invocaron los manes de Bolívar y Sucre y de los mártires del Diez de Agosto, y esos manes que velaban por la libertad del pueblo, presenciaron, satisfechos y orgullosos, el más terrible combate y el más glorioso triunfo que registra nuestra historia.

¡Triunfo a la República y a la América republicana! ¡Gloria a sus héroes! ¡Gloria a la juventud que en las batallas de la libertad ha peleado siempre a la vanguardia! ¡Gloria a la juventud que, intransigente con el crimen, execró la traición y por premio recibió el martirio! ¡Gloria a la juventud estudiosa que en la prisión de un Panóptico aprendió los toques de la guerra para dar la señal del combate! ¡Gloria a la heroica juventud que en el ocho de enero preparó la victoria! ¡Gloria, en fin, y mil coronas para la tumba de los héroes que han sacrificado la vida por amor a la libertad !

Pero la grande obra de la Restauración no está comple-

ta, señores, pues falta una jornada: el Dictador, aunque agonizante, vive aún y sueña con el poder y las riquezas; y desde su última trinchera nos insulta todavía. ¡A Guayaquil, señores, a Guayaquil volemos en alas del patriotismo para arrancar de la garganta de ese noble pueblo las cadenas que le ahogan! Guiados al combate por los esclarecidos héroes de la Patria, no dudemos de la victoria: los vencedores de ayer serán los vencedores de mañana. ¡Un sacrificio más, y el sol de la libertad brillará con pura y vivificante luz en toda la República, y la Dictadura no volverá jamás a enlutar el suelo ecuatoriano!

El Señor Don Carlos Casares, profesor de Derecho Civil, dijo:

Señores:

"Volvía de mi cuarto destierro, dice Víctor Hugo, al cantar la batalla de Sedán, (un destierro belga, poca cosa) Yo estaba en la media luz del sueño interrumpido: las ideas indecisas y difusas flotaban aún soñolientas entre la realidad y yo; sentía el vago deslumbramiento del despertar. . . . De pronto un viajero preguntó: ¿Qué sitio es éste? Otro contestó: Sedán. Yo me estremecí. Aquel paraíso era un sepulcro".

Privilegio de los grandes genios: expresan lo que sienten y quizá más de lo que sienten. De sentir, sentimos todos, aun los más pequeñuelos; pero la expresión, dote es de esos hombres extraordinarios que pasman y dominan las inteligencias y los corazones. Portento admirable, sus palabras se prestan aún a la expresión de afecciones contrapuestas: cuando hablan, la humanidad habla; y yo, gusanillo imperceptible, tomo las palabras de ese hombre luz, de ese que con su inteligencia y corazón ha fijado los dos polos del mundo de la verdad y de lo bello.

Vuelvo de mi destierro, digo también yo, de un destierro de la Universidad, suplicio atroz. Paréceme que el tiempo detiene su carrera en medio de este augusto recinto; lucho con la verdad; siento el vago deslumbramiento del despertar, y me pregunto: ¿En dónde me hallo?; ¿qué sitio es éste? La imponente y majestuosa voz del Diez de Enero, de este como viajero de los siglos, me responde "La Universidad". Me estremezco. Aquí donde era un sepulcro, contemplo ahora un paraíso .

La Universidad es mi Patria, mi cara, mi adorada Patria. Proscrito, sí, señores, proscrito de este santuario, he cruzado tierra extraña, largos, pesados siglos: tales me parecen los días transcurridos. La juventud es para mí el grato recuerdo del pasado, el delirio entusiasta del presente, la fundada esperanza del porvenir. En mis discípulos encuentro sabios, y paréceme que soy sabio, admiro héroes, y paréceme que soy héroe: cual jardinero que se aromatiza con el perfume de la flor que ha cultivado, así mi espíritu absorbe la ciencia y el heroísmo de mis alumnos. Estas ilusiones vivifican, fortalecen mi ser; y los tiranos que me han arrebatado el magisterio de la enseñanza, me han arrebatado estas ilusiones que son el encanto de mi vida, me han herido de muerte. En la enseñanza hay algo de creación; se eleva el espíritu, se ennoblece el corazón: inefables son las delicias que se sienten al recoger los frutos del trabajo intelectual.

¿Habéis, señores, hallado palabra para explicar los violentos latidos del corazón, los convulsivos movimientos del espíritu, cuando se divisan las playas del patrio suelo después de un ostracismo? ¡Ah! señores, vosotros si las habréis hallado; mas yo no las hallé. Así, en este instante, siento embargada la voz, embarazadas mis facultades: el gozo, el sumo gozo como que paraliza las mismas afecciones que conmueve y exalta.

Pero, ¡ay! señores, no ocultemos un justo sentimiento. Hay vacíos que deplorar; algunos de nuestros coprofesores nos han dejado; sí, ellos nos han dejado. Abdicaron su propiedad por el hecho de prestar sus honorables servicios después de que se les intimó que la voluntad del Sátrapa era la de reducirnos a la condición de colonos; ellos nos han dejado; justicia se ha hecho, pero justicia dolorosa. No los juzgo como juez, siento su falta como compañero. Uno, sobre todo, me angustia el corazón, casi enluta mi espíritu. Profesor eminente, antiguo Decano de la Facultad de Medicina, su aspecto solo revela al hombre de ciencia, al hombre de universidad, al sacerdote de Minerva. Está lejos de su templo, y me parece como que escucho estas sentidas quejas:

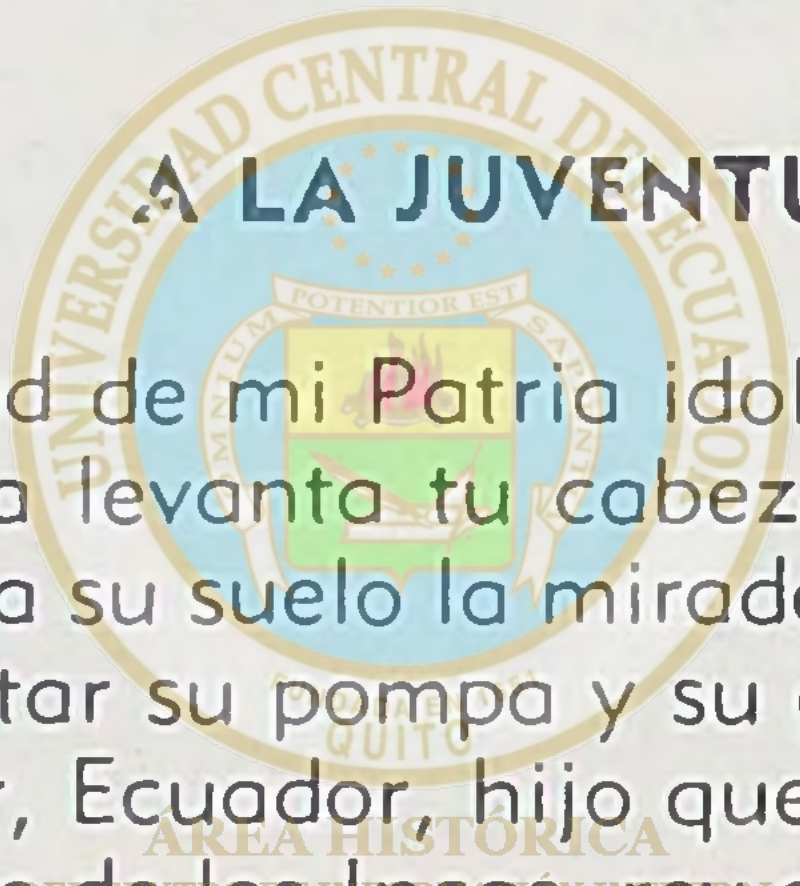
Nos, pátriae fines et dúlcia línquimus arva;

Nos, pátriam fúgimus.

Ved, señores, los estragos de la arbitrariedad y despotismo, y apercibíos para el combate. La Patria no está aun libre;

y mirad, el Supremo Gobierno ha consagrado su atención preferente a la reinstalación de la Universidad. La justicia no ve aún terminada la decoración de su templo; pero la ciencia está ya restituída a su soberbio alcázar. Con mano vigorosa ha clavado en el corazón de la juventud un pendón inamovible. Que la Universidad sea nuestra santa arca de salvación, llevémosla adelante en nuestros corazones adonde nos llame el peligro, y seremos invencibles como el pueblo escogido; muramos en su guarda si es preciso: nuestra sangre será manantial de bendición para las generaciones venideras.

El Señor Don Leonidas Pallares Arteta leyó la siguiente composición:



A LA JUVENTUD

¡Juventud de mi Patria idolatrada,
Orgullosa levanta tu cabeza
Y dirige a su suelo la mirada,
Para imitar su pompa y su grandeza!
¡Ecuador, Ecuador, hijo querido
Del Padre de los Incas, rey del día,
Que en luminoso abrazo
Con majestad se aduerme en tu regazo!
Tus costas baña, henchido
De orgullo y de alegría,
El Pacífico mar, el mar gigante,
A quien rinde altanero
Su encrespada cerviz el ronco Atlante,
Que de Colón las naves vió primero.
Tus campos fertiliza el Amazonas,
Ese Tritón inmenso de la tierra
Que altivo cruza por opuestas zonas,
Buscando los lejanos horizontes
Para contar al mundo
Las riquezas que encierra
Tu hermoso seno, sin rival fecundo.
Diamante singular de la corona
Que engalana del mundo la cabeza,
Ostenta el Chimborazo su belleza

Ese atalaya de la ardiente zona,
A quien primero el sol su rayo envía
Porque del mundo el porvenir le cuente,
Cuando alza altivo la nevada frente
Al sentir las caricias de la aurora,
Pretendiendo en su anhelo
Traspasar el azul del alto cielo;
Como el hombre atrevido a quien devora
Insaciable ambición se alza orgulloso,
Del mundo soberano,
A penetrar el insondable arcano
Del Hacedor del mundo, poderoso.
Es tuya, Patria mía,
La montaña magnífica que ostenta
Por pedestal la estatua de Bolívar,
El titán invencible de tu historia,
Que se alzó a redimirte de tu afrenta,
Con recuerdos de un Dios en su memoria,
El pendón de la América en su mano
Y a sus plantas vencida la Victoria.
Nuevo Colón, el pensamiento humano
Le debe un continente
Que entre las sombras encontró oprimido,
Y lo volvió a la luz, independiente,
A la luz inmortal donde ha nacido.

Tu sol, tus adalides, tus hazañas,
Tu Océano, tus ríos, tus montañas,
Cuanto circunda tu bendito suelo,
Tus mares y tu cielo,
Cuanto brota de tí, todo es gigante
Esplendoroso y regio, Patria mía:
El sol que tuvo en tu recinto un templo,
El Pacífico mar, y el Chimborazo,
Y Amazonas audaz, todo es ejemplo,
Madre, de inmensidad en tu regazo,
Y grande fué tu juventud valiente
Que ayer no más se levantó anhelosa
A humillar la cerviz de tu tirano,
Proclamando orgullosa
La redención del pueblo ecuatoriano,
Los derechos del hombre soberano
Que la razón espléndida promulga,

Cuando su soplo libertad encarna
Para formar el corazón de Francia.

¡Juventud, juventud, que con bravura
Sepultar has sabido
El fantasma de negra Dictadura,
Fruto de la ambición y la arrogancia
De un imbécil tirano degradante,
A quien hasta las balas despreciaron
Porque, hijas de la ciencia, desdeñaron
El pecho de Heliogábalo ignorante;
Del que quiso en el lado verte hundida
Para extender de sombras su reinado
En un pueblo sin luz y degradado; . . .
Sigue con frente erguida
Por la inmortal carrera de tu gloria,
Y en las alas del genio y la victoria
Los hechos lleva de tu fama grande,
Para ejemplo de libres, sin segundo,
De nación en nación, de clima en clima;
Como el cóndor del Ande
Que en infinito anhelo
Cruza veloz la inmensidad del mundo
Y los brillantes ámbitos del cielo!

ÁREA HISTÓRICA

¡Juventud de mi patria!, a tí confía
Su porvenir el Ecuador triunfante
Para que pronto un día
Libre y feliz respetado sea;
Trabajo, ciencia, unión, sobre su peso
El Capitolio apoyen del Progreso.
No olvide tu memoria un solo instante
De Patria y Libertad la santa idea . . .
Tuyo es el porvenir ¡Sigue adelante!

El Excmo. Señor Doctor Luis Cordero, miembro del Gobierno Provisional, pronunció el discurso siguiente:

Señores:

Si a quien toma la palabra oficial del Gobierno Supremo de la República, le fuese permitido valerse de plácidas imá-

genes poéticas, para expresar mejor su pensamiento, diría yo lo que vais a oírme.

Como, al derramarse sobre los campos la esplendorosa luz de la mañana, recobran las flores el color que habían perdido durante el imperio de las tinieblas, y se visten de gala, para gozar del día, así recobran las Letras su antiguo lustre, cuando se han disipado las sombras de esa noche social que llamamos **despotismo**.

¡Bendigamos, señores, la aparición de la luz! Al romper el alba de la Libertad, sacude el pesado sueño, y se levanta de nuevo a la vida esta noble Universidad de Quito, en cuyo fecundo seno han recibido el ser literario innumerables celebridades, honra de la Nación y lujo de su historia.

Santuario de la literatura patria, había merecido siempre el respeto de los Gobiernos, aun en medio de los más ruidos trastornos del orden político. Bramaba la tempestad fuera de este recinto augusto; pero dentro de él se albergaba la paz. El fuego en las plazas públicas; la luz, solamente la luz, en el templo del saber. ¿Quién había de atreverse a profanarlo, introduciendo el tumulto de las pasiones en el sosegado asilo de las Ciencias?

Sucedió, sin embargo, señores, en época de aciago recuredo, lo que jamás podía preverse. Vino a turbar la tiranía la tranquilidad de esta casa de la civilización; expelió de ella a los maestros, y arrancó de las aulas a los discípulos, para llevarlos, como delincuentes, a las mazmorras en que la justicia sepulta al crimen. Apagar la luz, para que entre las sombras campease la iniquidad, era el infernal propósito del despotismo, que procura siempre aliarse con la ignorancia.

Pero Dios escuchaba el clamor de las víctimas, y, si la redención de este pueblo ecuatoriano, cubierto de oprobio y de vergüenza, en castigo, quizá, de pasadas culpas, había de ser tardía, no por eso lo tenía condenado a servidumbre y abyección perpetuas. Llegó, finalmente, el día del perdón, y hé-nos aquí rescatados, más que por nuestros propios esfuerzos, por el brazo omnipotente del Altísimo.

El oprimido retó al opresor. El alumno que ayer estudiaba tranquilamente, en sus libros, los derechos del hombre social, comprendió que le era indispensable empuñar el arma, para defenderlos. La Universidad dio soldados a la Patria. Corrió la sangre de la heroica juventud; y aquí, en las faldas del histórico monte, donde crecen todavía, frescos y lozanos, los laureles del invicto Sucre, quedó sellada, hace pocos días, la

que pudiéramos llamar segunda emancipación de la República.

¡Honra insigne la del Ecuador! Su juventud y su pueblo le han devuelto la dignidad y hecho que aparezca de nuevo entre las naciones sudamericanas. Ya no le atará ningún tirano las cadenas al cuello; porque los adolescentes cerrarán sus libros y se levantarán a romperlas. La ciencia de la Libertad, que se estudie en estos claustros, será de práctica aplicación fuera de ellos. Cuando no, tronará el fusil, disparado por aquellas mismas manos que movían la pluma. Ilustrada la mente por los conocimientos adquiridos, inflamado el corazón por el volcánico fuego del amor patrio, ¿de qué hazañas no serán capaces los heroicos soldados de la milicia literaria?

¡Feliz la República que así contrapone la universidad al cuartel, y llama a los prosélitos de la sabiduría, para batir a los secuaces de la barbarie!

Quizá no he debido, señores, tratar de otro asunto que de las Letras, en la solemne reinstalación de este noble instituto; pero me parece que oigo todavía los últimos ecos de la tempestad del Diez de Enero, y que veo entrar por el pórtico de esta célebre casa al alumno que deja el rémington, para tomar el olvidado libro. He creído, pues, que al Supremo Gobierno de la Nación cumplía recoger esta página de gloria, ornamento de los anales ecuatorianos, y expresar el reconocimiento oficial a esta bizarra y lucida juventud, no menos que a sus dignos profesores, víctimas también del absolutismo, e impertérritos defensores del régimen democrático.

Ahora que los vemos congregarse nuevamente aquí, para continuar la interrumpida labor y consagrarse de lleno a las disquisiciones científicas, encendiendo, dirélo así, esta antorcha social, a cuyo resplandor se dignifica y engrandece la Patria, ¿qué puede hacer el Gobierno sino regocijarse, concebir las más lisonjeras esperanzas para lo por venir, y ofrecer su paternal protección, constante y eficaz, a estos alumnos de hoy, hombres ilustres de mañana?

"Creced y floreced, plantas hermosas", debo decirles, con un célebre poeta, y basten tan adecuadas palabras, para expresar la profunda complacencia con que el Supremo Gobierno Provisional de la Nación restablece hoy el nobilísimo instituto universitario de la culta y denodada Quito.

He dicho.